

# La tragedia del Norte de Chile en Alto Hospicio

Carmen Berenguer

Los testimonios reunidos acerca del asesinato en serie en Alto Hospicio, son elocuentes –demasiado–, pues son mudos testigos de una tragedia con las terribles consecuencias de las niñas vejadas y asesinadas en el norte del país. Las historias que hemos leído y oído de acuerdo al *rating* del morbo nacional, han mostrado un tratamiento truculento y desmedido –especialmente en la prensa roja, y desde hace un tiempo en la televisión– que hace uso de la información. Es así, que a nuestras casas entra el crimen formateado y reprocesado. Lo que vemos, lo que leemos y lo que escuchamos son pequeños hilos, las más de las veces distorsionados, de la historia, de todas formas sesgada, limitada por el tiempo-espacio de los *mass media*.

Asimismo leo este recorte, rasgado de la prensa, después de su presentación obscena –como es y ha sido, la manera que es mostrado, ilustrado y abusado– para luego caer en el más absoluto silencio. Bajo el manto de la información autoritariamente velada. Ha caído en el proceso de lo que se denomina investigación bajo juramento secreto de informar.

Estos testimonios son el único referente que viene a denunciar una triste historia de unos padres que van a jugar el juego del compra huevos, tantas e infinitas veces emitidos por las voces de las víctimas, padeciendo, además, el mal trato moral de la sociedad.

Sociedad de representantes sin duda, la policía, el colegio, el Director de Investigaciones, el Consejo de Defensa del Estado, la Cámara de Diputados, los diputados, el presidente de la Corte Suprema, el delegado del Presidente de la República, el vicepresidente, la Cámara de la Familia, la junta de profesores, el centro de alumnos, los senadores, los políticos. “Porque yo pienso que nos discriminan porque somos pobres y por las condiciones en que vivimos, y nos mintieron”.

Los padres tanto como sus hijas son víctimas de nuestra in-

dolencia, solo porque son pobres, es decir, doblemente castigados. Y porque son pobres no les queda más que vender a sus hijas. Porque son pobres sus hijas no pueden ser otra cosa que ¡putas! Por ser pobres, no tienen ninguna salida. Por ser pobres, son enjuiciados de ante mano. Ellos recibieron la sanción pública y publicitada a todo el país, de haber cometido el delito de ser traficantes de la carne de sus hijas. Los padres de las niñas serían proxenetas –en este caso- solo por el delito de ser pobres. Abusados e injuriados.

Tremenda humillación unida al dolor de la pérdida. Horrosa vejación al ser tratados de criminales. Y me ronda en la cabeza nuestra historia reciente. Los Detenidos Desaparecidos, los Ejecutados Políticos, la Caravana de la Muerte en su paso por el norte de Chile.

Me rondan por la reiteración de las justificaciones, como una heredad en el ocultamiento, como la forma de velamiento y, en ese sentido, pareciera decirnos que se ha formado en nuestro inconsciente una secreta alianza con el crimen. Ese secreto infame que ha hecho insana la vida nacional. Tal vez se ha formado una complicidad social en la preñez del éxito, de tal suerte que en este país la pobreza es ocultada, y cuando se presenta, cuando se ve, aparece como un mal no deseado, y de allí nos asalta una sanción social: como representación del mal. Desde donde el espejo es oscuro y caótico, donde los otros, esos, aquellos –nunca nosotros– serían depositarios de lo peor de nuestra existencia, según la moral actual.

Esa mirada ascética que detentan nuestras representaciones civiles, aparece en estos testimonios, y se manifiesta morbosa y abyecta. “Utilizan esa palabra, ‘Secreto de sumario’, para que el pobre no moleste”.

Por otro lado expresa una enorme fragilidad supuesta en el miedo al otro. Miedo tanto o más peligroso, porque supone una barrera infranqueable, justificándose en fortificadas barreras como soportes de un *apartheid* nacional. La pobreza existe, y no es ella la culpable, sino la distribución del capital.

Esas son las acusaciones de los pobladores de la hacinada población El Alto Hospicio, donde se encontraron a las niñas, secuestradas, violadas y asesinadas brutalmente. Ese es el malestar expresado aquí, la forma de un maltrato social, la frustración de

no encontrar respuestas de las autoridades, –representantes nuestros–. Y una sensación de sospecha frente a la justicia.

Una sensación de fracaso recorre estos roedores testimonios, porque devuelven la acusación hacia nuestra sociedad, que indefectiblemente debemos revisarnos y reflexionar, antes que el rostro de nuestro fatal éxito, basado en maquillaje decorativo de un supuesto bien estar, nos siga mostrando el otro lado de su existencia.